

# EL CAPITÁN DE NAVÍO DON CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

Mariano JUAN Y FERRAGUT  
Capitán de Navío (R)

El laureado capitán de navío don Cesáreo Fernández Duro, un ilustre marino de tierra adentro, de Zamora capital, es el eslabón principal de los vínculos existentes entre «la bien cercada ciudad» y la Armada y gracias a ellos el principal historiador de nuestro pasado naval, que permanece en el candelero pues periódicamente se promueven actos para ensalzar su egregia figura.

Esa relación entre la Marina y Zamora es añeja, viene de lejos, pues ya hace varias décadas que la Armada, además de tener una presencia ciudadana —tanto en el callejero como en varios monumentos—, se viene relacionando con dos de las instituciones más señeras de Zamora: la Cofradía del Santo Entierro y la de los Caballeros Cubicularios.

En la década de los sesenta, se inauguró el monumento a don Cesáreo precisamente en la plaza de Fernández Duro, ubicada en el centro de la ciudad, en su calle principal, la de Santa Clara.

En noviembre de 1978, en el salón de sesiones de la Diputación Provincial, se entregaron los Premios Virgen del Carmen de aquel año (de Libros, de Periodismo, de Poesía y de Juventud Marinera).

Tres años después, en 1981, se celebró en Zamora el III Día del Mar. Años más tarde, en 1988, Zamora quiso consolidar sus lazos con la Armada, dedicándole, con el nombre de plaza de la Marina Española, uno de sus más bellos parajes urbanos. En aquella ocasión, la Armada donó un ancla con un ramal de cadena, la cual, junto a un risco de las serranías leonesas, quería simbolizar esta unión entrañable, la de la Armada con Zamora, en forma de un sencillo monumento en el centro de la plaza (véase pag. 53).

Hace once años se celebró una exposición montada por la Armada en el Palacio de la Alhóndiga, organizada para conmemorar el 25 aniversario del hermanamiento entre Zamora y la Armada.

En junio de 2015, la Armada y los Caballeros Cubicularios organizaron una serie de actos de homenaje a Fernández Duro que fueron presididos por el AJEMA. Un año después, ambas instituciones organizaron la exposición «Cesáreo Fernández Duro, eminente zamorano, marino e historiador» en la iglesia de la Encarnación, en el palacio de la Diputación zamorana

¿De dónde vienen esos amores que, además de ser correspondidos, se refuerzan con el paso del tiempo?



Quizá vengan de su secular empeño de hacer el Duero navegable. Acaso porque tiene el mar interior más grande de España: el lago de Sanabria, o porque tanto marinos como zamoranos tienen una especial predilección por la sopa de ajo.

Si echamos la vista atrás, tenemos que Zamora fue la cuna de Fernando III el Santo —la mayoría de los historiadores la sitúan en la localidad zamorana de Valparaíso—, el rey creador de la Marina castellana y de la dignidad de Almirante Mayor de Castilla. Si avanzamos un par de siglos, nos encontramos que, en 1580, Francisco de Bobadilla crea en Zamora y con sus gentes el Tercio Viejo de Zamora o Tercio de Bobadilla, que embarcaría en las galeras de don Álvaro de Bazán para la campaña

victoriosa de las Azores. Y en la Gran Armada o Invencible Bobadilla fue el maestre de campo general de todas las tropas embarcadas.

Con la llegada de los Borbones, los Tercios se convirtieron en Regimientos, y así, aquella unidad se convirtió en el Regimiento de Zamora núm. 8, con una gran vocación expedicionaria, interviniendo en varias campañas en ultramar. También compartió acuartelamiento con la Infantería de Marina en el Cuartel de Dolores, en Ferrol, y la última vez que lo vimos embarcado fue en el buque *Castillo Peñafiel*, en las postrimerías de la guerra civil del 36, saliendo mejor parado que su compañero *Castillo de Olite*, hundido en la entrada del puerto de Cartagena.

Pero de lo que no hay duda, y quizá sea la razón principal, es que Zamora a lo largo de la historia ha dado a la Armada insignes marinos de todos los empleos y categorías, desde almirantes hasta modestos y recios cabos de mar. Uno que empezó por el escalón más bajo fue Pablo Morillo y Morillo, nacido en Fuentesecas y que alcanzó el empleo de teniente general. En su primera juventud se dedicó al pastoreo y a los trece años se alistó en la Armada como soldado de los Batallones de Marina. Estuvo embarcado en los sitios de Tolón y Rosas y ya de sargento participó en las batallas de San Vicente y Trafalgar, a bordo del navío *San Ildefonso*. Luchó con los Batallones de Marina en la batalla de Bailén, donde se distinguió y fue promovido a teniente, integrándose en el Ejército de Tierra, donde alcanzó una bien merecida fama. En 2010, Zamora inauguró en el parque de las Viñas una estatua en su honor, que fue donada por cinco Reales Academias: la de la Historia, la de Medicina, la de Física y Naturales, la de Ciencias Exactas, y la de Bellas Artes de San Fernando.

Y por tener, Zamora ha tenido a un ministro de Marina, Santiago Alba Bonifaz, que después de estrenarse con la cartera de Marina, ocupó dos o tres más, siendo además presidente del Congreso, cargo en el que cesó a la llegada del gobierno del Frente Popular.



Pero el ejemplo más relevante lo tenemos en ese gran zamorano que fue don Cesáreo Fernández Duro. Otro insigne marino zamorano, el

contralmirante don Jesús Salgado Alba, escribió hace treinta años que no creía que exista ni haya existido en ninguna Marina del mundo un oficial que a lo largo de su vida haya conseguido estas cuatro cosas:

- ganar en combate la más alta condecoración de guerra de su patria;
- participar activamente en cuatro campañas de guerra a bordo de varios buques y al mando de dos de ellos;
- ser el más insigne, prolífico, profundo y brillante historiador de la Marina de su nación,
- y ser varias veces académico en las instituciones de máximo prestigio científico y cultural de su país.

Pues bien, la Armada sí que cuenta con esa prodigiosa figura histórica: el capitán de navío don Cesáreo Fernández Duro, que nació el 25 de febrero de 1830 en Zamora, ciudad donde habían nacido y vivido sus padres y abuelos, quien en 1845 se presentó en el Colegio Naval Militar de San Fernando, recién inaugurado, para sentar plaza en la novísima categoría de aspirante de Marina en la 1.<sup>a</sup> promoción. El Colegio Naval duró hasta 1848 para dar paso a la Escuela Naval Flotante a bordo de la fragata *Asturias*, surta en aguas de Ferrol.

Don Cesáreo permaneció dos años en el Colegio Naval de la Población Militar de San Carlos y, promovido a guardiamarina, fue destinado a la fragata *Isabel II*, el primer buque de la Armada movido a vapor, construido en Inglaterra, por lo que toda la descripción de dicho buque estaba, naturalmente, en inglés, lo que fue eficazmente aprovechado por el joven guardiamarina para iniciarse en ese idioma, que posteriormente llegó a dominar, como también el francés, lo que le permitió, a lo largo de su carrera, desempeñar importantes misiones diplomáticas.

La *Isabel II* estaba encuadrada en las Fuerzas Navales del Cantábrico, en plena guerra carlista, y su misión era el bloqueo de los puertos carlistas en las Vascongadas para impedir el contrabando de armas y proporcionar protección al tráfico marítimo liberal en el Cantábrico. Su primer destino de embarque fue pues de guerra, como ocurrirá en casi todos sus destinos a flote.



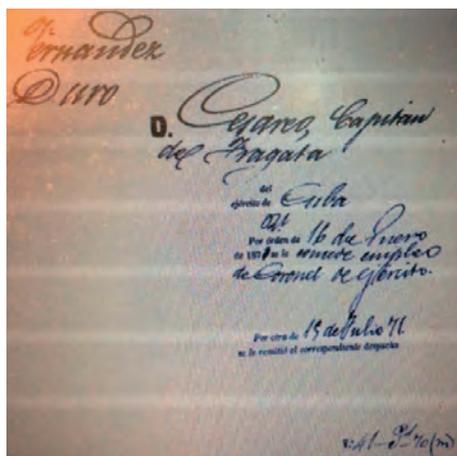
*Otra escena del asalto a Joló* (Museo Naval, Álbum Fernández Duro 7, 269)

El segundo destino a bordo fue en el vetusto navío *Soberano*, un impresionante salto atrás en la historia marítima. Del buque más moderno pasó a uno botado en Ferrol hacía noventa años. El mismo Fernández Duro escribiría con asombro en su *Historia de la Marina* que llegó, en plena vida operativa, hasta cumplir noventa y seis años, y a esa edad aguantó sin inmutarse un pavoroso ciclón tropical en aguas del Caribe.

Después de un corto destino en la corbeta *Villa de Bilbao*, pasó al bergantín *Ligero*, basado en Filipinas, donde iba a alcanzar gloria y fama en victorioso y empeñado combate. En 1851, el bergantín efectuó en la bahía de Joló un desembarco fulminante sobre la fortaleza que servía de guarida a los piratas moros, que venían atacando salvajemente la navegación entre las islas y asolando sus poblados. El combate fue feroz, y el asalto, cuerpo a cuerpo. El guardiamarina Fernández Duro se ganó allí la Cruz de San Fernando, la Laureada, entrando así en la historia por la puerta grande y espada en mano.

De regreso a la Península, fue ascendido a guardiamarina de 1.<sup>a</sup> y ocupó su primer destino náutico-científico, la Comisión Hidrográfica de Canarias, en la que sobresalió como competente científico. Ya debió de apuntar buenas muestras de cultura y talento para ser nombrado miembro de honor de la Academia de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife, distinción rara tanto por su edad como por su categoría militar.

Ya alférez de navío fue destinado como profesor de navegación al Colegio Naval, donde escribió el *Tratado de cosmografía*. Dos años y medio permaneció en ese destino, en el que cesó al ser ascendido a teniente de navío y nombrado para el primer mando de mar, el transporte de guerra *Ferrol*, barco construido aquel mismo año en Inglaterra para combatir en la guerra de África, aquella guerra relámpago que culminó en la batalla de Castillejos. El vapor de guerra *Ferrol* realizó misiones de desembarco y de apoyo a la fuerza en la zona de combate, con notable precisión y éxito, lo que le valió, por méritos de guerra, una segunda destacada condecoración, la Diadema Real de Marina, que vendría a ser lo que hoy es la Medalla Naval.



De la guerra de África, el *Ferrol* pasó a tomar parte en otro conflicto armado de los que con tanta profusión se le presentaron a España en el convulso siglo XIX: la intervención en México. La situación caótica que padecía aquella nación hizo que España, Francia e Inglaterra enviaran una expedición conjunta para imponer la paz y defender los intereses de sus respectivas naciones.

La expedición española fue mandada por el general Prim y contaba con una fuerza de desembarco de 7.000 hombres, siendo el *Ferrol* uno de los transportes de ataque que participaron con notable acierto en la romántica aventura, aureolada por la desgraciada figura de un antiguo oficial de Marina: Maximiliano de Austria.

Tras una breve estancia en Cuba y en el Ministerio de Marina, y siendo ya capitán de corbeta, regresó a Cuba y fue nombrado secretario del gobierno de la isla, bajo las órdenes del general Caballero de Rodas. Allí tomó el mando de tropas del Ejército y acompañó al general en las acciones de Camagüey, Matanzas y Cárdenas, frente a los insurrectos del famoso «grito de Yara».

Por méritos de guerra contraídos en esa campaña, fue nombrado coronel del Ejército (véase ilustración en esta misma página), sin dejar de ser capitán de fragata de la Armada, pues aunque parezca increíble, esas cosas ocurrían en el desbarajuste orgánico-militar de nuestro desquiciado siglo XIX.

En esta confusa situación, en el año 1875, contando don Cesáreo cuarenta y cinco años, en pleno caos institucional creado por la I República, con las subsiguientes sublevaciones cantonales y una nueva guerra carlista en el Norte, se produce uno de tantos y tan arbitrarios «reajustes de escala» y el capitán de fragata Fernández Duro es pasado a la reserva con el empleo de capitán de navío.

Pero don Alfonso XII, recién proclamado rey de España por el general Martínez Campos, llamó a nuestro personaje, cuya fama le era conocida, y le



nombró su ayudante, y como tal acompañó al monarca en el frente del Norte, donde se combatía con los carlistas.

Al cesar como ayudante del rey, finalizó su carrera naval, pero continuó con redoblado entusiasmo su carrera de científico, de historiador y de diplomático al servicio de España.

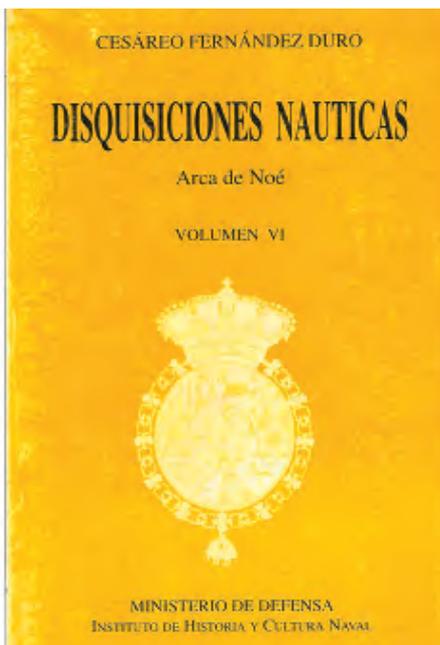
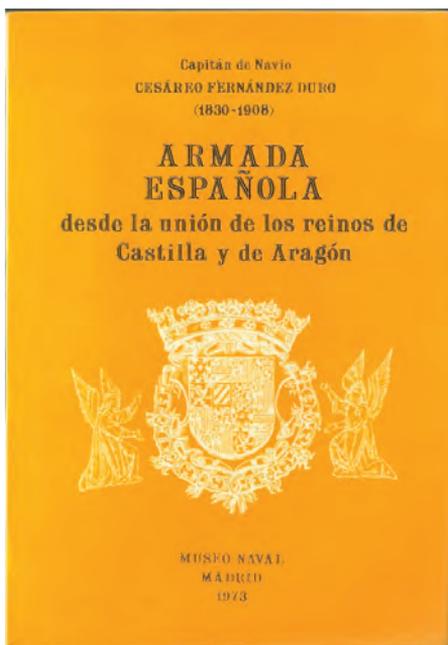
Así, fue nombrado presidente de la comisión que, en unión de otra marroquí, debía señalar el emplazamiento de Santa Cruz de Mar Pequeña, más tarde Ifni, que nos había sido

concedida a perpetuidad por el tratado de Wad-Ras y que en realidad recreaba el fuerte español levantado a finales del siglo XV, como consecuencia de la conquista de Canarias. Medio siglo después se perdió aquella posesión, y con ella el recuerdo de su emplazamiento. El derecho a la ocupación del nuevo emplazamiento de la antigua pesquería —que fue fijado por don Cesáreo en contra de la opinión fundamentada de su compañero don Pelayo Alcalá Galiano— no se realizó hasta 1934, en plena II República, por el coronel Capaz.

Su renombre hizo también que se le nombrara para la determinación de límites entre Colombia y Venezuela, y poco después, presidente de la comisión de París para el tratado de límites en la costa occidental de África y golfo de Guinea.

La vida de nuestro protagonista se divide por mitad entre el servicio a la Marina de Guerra y el tardío despertar de la vocación de historiador. Y cuando pasó a la reserva y pudo establecerse definitivamente en Madrid, se consagró con pasión desbordada al cultivo de la Historia y de manera muy particular a la marítima, iniciando una exhaustiva recopilación de fuentes documentales, datos y pormenores con objeto de escribir una historia de la Armada. Así, entre 1895 y 1903 fueron apareciendo, uno tras otro, los nueve volúmenes de la imponderable *Armada española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*, que arranca con el reinado de los Reyes Católicos para concluir con la muerte de Fernando VII. Nadie, ni antes ni después, se ha atrevido a acometer una empresa de tanta envergadura. Esa obra conserva, todavía hoy, su lozanía y actualidad y es referencia imprescindible para todos los historiadores y amantes de nuestro pasado naval.

Otra obra fundamental, escrita con anterioridad, fue *La Marina de Castilla, desde su origen y pugna con la de Inglaterra hasta la refundición con la Armada Española (1140-1492)*, de la que en 1995 se hizo una edición facsimilar patrocinada por la Diputación de Zamora y en cuya presentación, a cargo del presidente de dicha institución, se dice «darse la feliz circunstancia de ser la realización del primer proyecto común entre la Diputación de Zamora y el Instituto de Historia y Cultura Naval»



Pero antes, don Cesáreo ya había publicado una serie de libros y artículos sobre historia marítima. Entre ellos cabe destacar *Disquisiciones náuticas*, publicada en seis volúmenes y que es un auténtico repertorio de acontecimientos memorables, sucesos, anécdotas, leyendas, tradiciones, etc., revelándose como un concienzudo historiador, exteriorizando de paso la profundidad de sus conocimientos en arqueología, arquitectura naval, numismática, iconografía, etc. Fue traducida al alemán y constituye una verdadera enciclopedia de cultura naval.

También escribió otras tres obras de gran importancia: *La Armada Invencible*, *La conquista de las Azores*, en la que resalta la figura de Álvaro de Bazán, y *El desastre de los Gelves*, cuya derrota considera de mayor trascendencia que el fracaso de la Invencible.

Pero la gran batalla, a la que dedicó permanentes esfuerzos durante toda su vida, fue la revisión histórica del descubrimiento de América. Hasta Fernández Duro, el mundo admitió como verdadera la llamada versión tradicional del Descubrimiento, amañada crónica rabiosamente hispanófoba en la que todos los laureles, todos los honores y todas las glorias del Descubrimiento se depositan en torno a Cristóbal Colón, y en contraste, para hacer más vivo el contraluz, todos los errores, las incomprensiones e incluso las crueldades se cargaban sobre España.

Don Cesáreo perseveró en revisar y reivindicar para España la gloria que le correspondía en la empresa del Descubrimiento, concentrándose en combatir la obra del conde Roselly de Lorgues.

El citado conde, católico integrista, se convirtió en el gran paladín del Descubridor, apoyando la campaña del obispo de Burdeos y de otros prelados italianos para promover la beatificación de Cristóbal Colón, mostrándolo como enviado de Dios para salvar a la mitad del mundo, transformándole en un héroe adornado de todo tipo de virtudes y sobre quien hace recaer toda la gloria del Descubrimiento. Para ello, no dudó en dirigir sus improperios contra un buen número de españoles, que en su opinión cometieron toda clase de errores, crueldades y villanías en relación con Colón y la epopeya americana, especialmente el Rey Católico, los hermanos Pinzón, fray Pérez de la Rábida, el obispo Fonseca, etc.

Fernández Duro atacó el problema a fondo, iniciándolo con el análisis y crítica de los llamados pleitos colombinos, origen del amago histórico antiespañol, publicando una serie de estudios sobre el tema, entre otros: *Nebulosa de Colón; Colección de Documentos inéditos relativos al Descubrimiento; Colón y los Pinzones; Colón y la historia póstuma; Pinzón en el Descubrimiento de las Indias; Los grillos de Colón*, etc.

Con ello, no solo rebatió las ideas del conde de Roselly, sino que, pasando a la ofensiva, demostró cómo el Descubridor, cuya gloria nadie discute, también estuvo sujeto a flaquezas y defectos.

Como colofón, y en su vertiente americanista, Fernández Duro fue el impulsor de los actos destinados a conmemorar, en 1892, el IV Centenario del Descubrimiento, empeñándose en sacudir la conciencia nacional para que se dedicase a tal efeméride la atención que merece el acontecimiento más grande de la historia de España, debiéndose a su empeño el que la Armada construyera una reproducción de la nao *Santa María*, que él proyectó y que, construida en La Carraca, cruzó el Atlántico hasta Chicago, mandada por el capitán de navío Concas.

Se han escrito muchos artículos y trabajos sobre el Fernández Duro historiador, y otros resaltando su faceta de geógrafo, africanista y americanista. Pero por razones de tiempo nos limitaremos a señalar los cargos que ostentó en diversas academias e instituciones nacionales y extranjeras: académico de número de la Real de la Historia; fundador-presidente de la Real Sociedad Geográfica; secretario del Consejo Internacional de Americanistas; académico de la Sociedad Colombina Onubense; académico correspondiente de la Historia y Filosofía de Ohio; académico de la de Bellas Artes.

Y el cargo que más apreciaba: secretario perpetuo de la Real de la Historia. Nuestro protagonista sintió por su patria chica, Zamora, un amor apasionado. Esta encomiable circunstancia le movió a recoger datos y pormenores relacionados con la capital y las comarcas. Después se consagró, con su erudita pluma, a la exaltación de su glorioso pasado. Los estudios más importantes son: *Memorias históricas de la ciudad de Zamora, su provincia y obispado; Bibliografía del cerco de Zamora; Romancero de Zamora: Precedido de un estudio del cerco que puso a la ciudad don Sancho el Fuerte; Pedro Mato y la Gobierna; Colección bibliográfica-biográfica de noticias referentes a la provincia de Zamora o materiales para su historia*, que fue premio de la

Biblioteca Nacional. Don Cesáreo murió en Madrid el 5 de junio de 1908, en su casa de la calle de las Salesas 3 (hoy Conde de Xiquena), casi esquina con la calle del Almirante, que es prolongación de la calle Gravina y muy cerca de la del Marqués de la Ensenada.

Falleció a los setenta y ocho años, después de varios meses enfermo en cama. Cuando su estado se agravó, solicitó recibir el Santo Viático, y para ello pidió su uniforme de gala, con levita y cuello duro. Hizo colocar en un altar a la Virgen marinera, la Virgen del Carmen, que había llevado siempre en su camarote.

Lo sublime de sus postreros instantes y la dramática escena consiguiente los relató en su nota necrológica el marino Pedro Novo y Colson en la revista *Vida Marítima*: «... las circunstancias que rodearon sus últimos momentos y el fallecimiento de su viuda sobre el féretro mismo de su esposo, no han podido ser más conmovedores, pues recibió los últimos Sacramentos vestido con su uniforme de gala, y todavía caliente su cadáver, diríase que tuvo el consuelo de recibir el de su noble dama que compartió su existencia con él y que cayó muerta, transida de dolor sobre sus inanimados restos».

Recibió sepultura en la Sacramental de San Lorenzo, de Madrid. En 1963, sus restos fueron exhumados y trasladados a San Fernando. Durante el viaje hicieron noche en el palacio de Viso del Marqués. Al llegar a la Isla de León, se instaló la capilla ardiente en el Cuartel de Instrucción de Marinería, celebrándose al día siguiente el solemne traslado de los restos, en un armón del cañon de un trozo de desembarco, al Panteón de Marineros Ilustres.

Además de las autoridades de la Armada, asistieron a la ceremonia representaciones de las Academias de la Historia, de Bellas Artes, Jerezana de San Dionisio, Hispano-Americana de Cádiz y de San Romualdo de San Fernando. En la presidencia familiar estuvieron sus nietos don César y don Gonzalo de la Torre de Trassierra Fernández Duro, pronunciando el panegírico don César, quien, entre otras cosas, dijo: «Cerca de 400 obras fue su aportación científica y literaria, y causa sorpresa y admiración pensar cómo fue posible realizar esta obra con los medios de entonces, sin máquinas de escribir, ni mecanógrafos, que había de unirse a su labor científica y de acopio de documentación en archivos. Nunca tuvo elementos auxiliares, hoy tan frecuentes, y su labor, por tanto, fue enteramente suya del principio hasta el fin, incluyendo las ilustraciones que acompañaba, bien a plumilla o en acuarelas admirables».

Hemos visto, muy a grandes rasgos, cómo la figura del laureado capitán de navío don Cesáreo Fernández Duro, con la espada en una mano y la pluma en la otra, luchó y batalló, venció y convenció en esa brega continua que hizo de su vida un tenaz esfuerzo para gloria de su patria grande, de su patria chica y de los mares hispánicos.